

Anima Soul: ¡Enfrenta al Universo!

Nika



Capítulo 1

Arco Cero: Primera Parte

A través del ventanal de su habitación, Juno observó tembloroso como el cielo se oscurecía. La luz de los soles que iluminaban al pacífico planeta de Xarati, desapareció tras el enorme navío que ahora surcaba ominosamente las nubes. Sus motores, enormes como estadios, emitieron una intensa luz azul que pronto cubrió a la ciudad entera, y llenó de terror a los miles de habitantes que huían despavoridos a la protección de sus hogares. En cuestión de pocos minutos, Juno fue testigo de cómo la situación se tornó en un auténtico infierno, los Xarati'es, presas del miedo, en su búsqueda por una vía de escape se empujaban unos a otros en las calles y chocaban sus naves en las autopistas. Todos esperaban poder escapar de la ira de la Matriarca; esconderse en los sótanos de sus casas y esperar a que todo pasase. Pero Juno sabía que no había salvación, ni lugar donde esconderse.

La Dinastía los había encontrado.

"¿Pero cómo? —pensó Juno con un nudo en la garganta—. ¿En qué nos equivocamos? ¿Cómo hallaron nuestro escondite?"

Ajena a la duda y al pavor que crecía tanto en la ciudad como en la mente de Juno, la colosal máquina de metal continuó su lento pero constante descenso. A medida que se acercaba a los edificios más altos, las ráfagas de viento que generaba se tornaron insoportables; al grado que los cristales de las ventanas comenzaron a agrietarse y los árboles a ser arrancados de la tierra. La fuerza del navío era tal, que parecía como si un gran terremoto sacudiera al planeta entero. Los cuadros y estatuas que decoraban la habitación de Juno empezaron a caer bruscamente al suelo, el hombre se vio obligado a apoyarse en una de las paredes laterales, antes de que la fuerza del movimiento terminara por derrumbarlo a él también. Era como si el lugar entero fuera a colapsar en cualquier momento.

En medio de aquel cataclismo, las puertas de su estancia se abrieron de par en par con un fuerte golpe.

—¡Juno los legionarios nos encontraron! ¡Su navío está justo afuera!
—gritó una mujer pequeña con desesperación. La camisola que llevaba, varios tallas mayor a ella, caía por sus hombros permitiendo ver las placas metálicas que estaban incrustadas por todo su pecho. Por su aspecto desalineado, quedaba claro que se había vestido en un desesperado apuro.

—¿Acaso crees que no me he dado cuenta? —respondió Juno visiblemente molesto. La cabeza le iba a mil por hora tratando de encontrar una solución a todo aquello. En ese momento cualquier cosa lo irritaba profundamente; y el sonido infernal que aquella nave producía no ayudaba en lo absoluto.

—Carajo, puta mierda, hijos de puta —comenzó a balbucear la mujer en un estado neurótico—. ¿Y qué se supone que hagamos ahora? —varias lágrimas de preocupación empezaron a caer por sus ojos sintéticos, haciendo que su rostro se deformara en una mueca lamentable.

Por fortuna (o desafortunadamente pensó Juno), la inmensa nave de la Dinastía detuvo su avance abruptamente, deteniendo el ruido agobiante y las constantes sacudidas. Juno logró incorporarse rápidamente, y alisó la camiseta azul que los pobladores le habían confeccionado por su visita. En ella se hallaban tejidos unos intrincados glifos amarillos; "representan tiempos de cambio" le habían dicho antes de entregársela. Ahora temía por si aquellos tiempos de cambio en realidad significarían lo peor.

—Escucha Eve —dijo Juno con un suspiro, a la vez que tomaba una capucha de lino de su armario y se la colocaba alrededor del cuello—, necesito que los convoques a todos al tercer piso urgentemente. Diles que acudan a la sala del alcalde. Si todo ocurre como creo que ocurrirá... tan solo tenemos unos pocos minutos. Y sécate esas lágrimas, que nada malo ha ocurrido todavía.

—iUuh, está bien jefecín! A sus órdenes —respondió Eve con una voz y una sonrisa temblorosa. Recuperándose casi inmediatamente de su crisis de hace un momento.

A continuación hizo algo similar a un saludo militar, seguramente tratando de animar el depresivo ambiente, pero Juno no le prestó ningún tipo de atención y salió de su habitación con pasos veloces. Eve corrió tras de él mientras apretaba su dedo índice en un costado de su rostro. Tras unos pocos segundos, un holograma verde en forma de visor se generó frente a sus ojos, y con unos sutiles gestos de su cabeza, redactó la misiva en tiempo récord.

—Listo Juno, todos te estarán esperando abajo —mencionó la mujer con un notable nerviosismo. Su ojo izquierdo se contorsionaba constantemente debido a un tic.

—Gracias Eve —dijo Juno mirándola de arriba a abajo. La ropa estaba a punto de caérsele, revelando su blanca piel y las decenas de cables e implantes que atravesaban toda su delgada figura—. Como dije, aún tenemos algo de tiempo, ve a tu habitación y ponte algo más apropiado.

Pero de prisa, porque necesitaremos de todas tus habilidades.

—¡Carajo! ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Eve dio un pequeño grito antes de dar media vuelta y huir hacia su habitación. Sin embargo, a pocos de pasos de tomar un pasillo lateral, se detuvo en seco para mirar a Juno y le dijo—: Juno... Todo estará bien, ¿verdad?

A Juno se le cayó el alma al piso al ver a su pequeña amiga en ese estado tan vulnerable. Había sido su culpa. Él había movilizó al grupo a aquel planeta, él fue quien prometió a los Xarati'es que su presencia no les provocaría ningún problema. Ellos le dieron la bienvenida con las manos abiertas y habían creído en él sin dudar.

Ahora la monstruosa nave de los legionarios, los principales soldados de la Matriarca, se encontraba justo encima de todas estas amables personas. En cualquier segundo sonarían las alarmas de guerra y los militares comenzarían a destruir la ciudad y asesinar a su gente sin piedad. Todo por él, todo por su culpa.

Sin embargo, pese a todas las dudas que lo asaltaban en ese momento, sonrió como pudo y con una voz rígida, respondió:

—Claro que todo saldrá bien. Lo prometo.

—Bien. —dijo Eve mirándolo a los ojos. Y finalmente desapareció tras las paredes amarillentas del recinto.

Capítulo 2

Arco Cero: Segunda Parte

Juno trató de convencerse a sí mismo de que no mentía, que lograría salvarlos a todos. Sin embargo, una pesada sombra de culpa lo golpeó inevitablemente; su frente estaba bañada en sudor y el estómago comenzaba a dolerle por los nervios. Era el peor momento para titubear, él lo sabía, pero cuando se imaginaba a la sangre de los Xarati'es cayendo por las lanzas de los legionarios, una fuerte presión atenazaba su pecho.

A pesar de todo, Juno se limitó a cerrar fuertemente sus puños y a tensar su mandíbula. "Alguien debe liderar al equipo —pensó para tratar de centrarse—. He cometido un error gravísimo, pero no es momento para lamentarme. Debo dar la cara y tratar de solucionarlo."

Con su determinación renovada a medias, continuó recorriendo los inusualmente extensos pasillos del edificio en el que él y su equipo habían estado hospedándose durante cuatro largos meses. Juno los había guiado a aquel distante planeta, Xarati, con la promesa de que la Dinastía y su Matriarca no los encontrarían allí. Pues el sistema era uno de los pocos en toda la galaxia que aún no había sido conquistado por ellos y su opresiva religión.

Tras el ataque que suscitaron a la capital, necesitaban urgentemente de un refugio temporal hasta que la situación se calmara y las autoridades dejaran de cazarlos. Y Xarati parecía un buen lugar para aquello, un pequeño planeta alejado de todo conflicto y en el que la Matriarca tenía poco o nulo interés. Lo único que se producía allí eran granjeros y ganaderos, nada que amenazara a la Dinastía.

Por ello, nunca pensó en la posibilidad de que los legionarios los siguieran casi cincuenta mil años luz hasta Xarati. Era algo impensable. Aunque Juno no pudo evitar sentirse un poco orgulloso ante la idea, eso significaba que lo que habían hecho en la capital les había dolido. Y bastante.

Perdido en sus pensamientos, llegó al final del pasillo y decidió tomar las desvencijadas escaleras de bajada en lugar del anticuado ascensor del edificio. Hasta donde Juno sabía, aquel sitio llevaba varios años sin utilizarse. Se trataba de unas rudimentarias oficinas, construidas a base de madera y cristal como casi todas las edificaciones de Xarati, y que habían servido como instalación para el gobierno de la ciudad hace ya algún tiempo. Fueron abandonadas en pos de un nuevo lugar construido en el norte de la urbe, por ello, no le fue difícil engañar al alcalde de la

ciudad para que les permitiera hospedarse allí gratuitamente.

En teoría, o eso era lo que Juno se había inventado, estaban en el planeta como agrónomos deseosos de conocer los extensos campos de cultivos de la zona. Al principio, las autoridades locales se reusaron a dejarlos quedarse por temor a que en realidad fueran refugiados de la guerra buscando asilo, algo prohibido por la Matriarca, pero tras la promesa de que tenían el respaldo de la Dinastía y un par de documentos falsificados, el ayuntamiento del lugar se tragó la farsa sin cuestionamientos. Incluso les ofrecieron este edificio como "base de investigación" improvisada.

Eve los había tachado de ingenuos, pero a Juno no le sorprendió en lo absoluto. Xarati se trataba de un sistema olvidado, el turismo era inexistente y pocos sabían si quiera de su existencia. Verse visitados por extranjeros era un placer que no sucedía a menudo. Y aunque la ciudad conocida como Sabáli no era para nada un lugar pequeño, muchos de sus pobladores los habían visitado deseosos de ver caras nuevas. Inclusive los llenaron de regalos y vestimentas típicas como ofrendas de bienvenida.

"Toda esa gente tan buena, yo... no podría perdonarme si algo les llegase a suceder —se remordió Juno internamente."

Finalmente arribó a un gran salón en el tercer piso. La única luz de la estancia provenía de un pequeño foco que titilaba constantemente y que dejaba en evidencia el pobre estado del edificio. Con ese lúgubre panorama, Juno se acercó a una gran puerta corrediza que daba paso a la sala de reuniones del alcalde, y la abrió con apremio. Dentro, y para su alivio, ya se encontraban todos sus compañeros.

—Miren quien se dignó en aparecer. Unos minutos más y habría pensado que huiste en cuanto viste la nave de nuestros amigos allá arriba —dijo con sarcasmo y desdén un alienígena de tez pálida. La forma de su rostro se asemejaba a la de un felino, y por los delgados huesos que se le marcaban bajo la piel, tenía un aspecto cadavérico.

—Cierra el hocico Zaa'van, Juno es alguien con principios a diferencia de ti —mencionó una enorme mujer de gran presencia sentada al fondo de la habitación.

—Si Galia, podrá tener "principios", pero no buenas ideas, eso quedó claro. —Replicó Zaa'van con una leve risa—. Por si alguien no lo ha notado todavía, estamos a nada de ser exterminados por las decisiones de este zopenco.

—Cuida tus palabras, flacucho —dijo Galia en tono amenazante mientras se levantaba furiosa de su asiento.

Todo el cuerpo de la mujer era una masa de músculos que únicamente rivalizaban con su altura. Y aunque se acercó a Zaa'van con la idea de intimidarlo, este no se amainó en lo más mínimo y le sostuvo la mirada fijamente.

Pese a la acalorada discusión, Juno los ignoró a ambos y tomó asiento en una silla frente a una larga mesa ubicada en el centro de la habitación. Juntó sus dedos con aire reflexivo y miró a todos los que lo rodeaban. Tres mujeres y cuatro hombres lo observaban sin mediar palabra, inclusive Galia y Zaa'van acallaron su pelea con el fin de escucharlo. Necesitaban una solución al inminente cataclismo, y aunque algunos desconfiaban, esperaban que Juno les diera una respuesta.

—Chicos... la verdad estamos bastante jodidos —admitió Juno sin tapujos.

—¿iVes!? No sabe ni donde está parado —gritó Zaavan con tono triunfador a una sorprendida Galia.

—Genial, y yo que esperaba salir viva de aquí —mencionó una mujer apoyada en una ancha columna a un lado del salón. No obstante, tras decirlo, prendió un cigarrillo tranquilamente y comenzó a fumarlo sin ninguna preocupación. Como si la situación no fuera con ella.

—¡Espíritu bendito! ¿Y qué se supone que haremos ahora? —dijo asustada una mujer de apariencia gentil en una reacción totalmente contraria. Llevaba puesto un traje de aspecto ceremonial y unos enormes palillos recogían su cabello en un gran moño redondo.

—Juno, eso es desafortunado sin duda. Esperaba algo más de tu administración —sentenció decepcionado un apuesto joven vestido de traje. Aflojó un poco su corbata, revelando una disimulada inquietud.

Los otras dos personas en la habitación, un anciano de ojos cansados sentado en el suelo contra la pared, y un extraño ser enmascarado que se hallaba acucillado encima de otra silla, no dijeron absolutamente nada, pero Juno pudo sentir la tensión que despedían.

—A ver, todos calmados —se tomó un momento para pensar adecuadamente sus siguientes palabras—. Se que la situación es la peor, y admito mi culpa. Subestimé los esfuerzos de la Matriarca y de todos sus fanáticos religiosos. Probablemente quieran asesinar me en este momento y no los culpo, yo también lo haría. —Lanzó una mirada significativa a Zaa'van que aún lo observaba con el ceño fruncido—. Pero antes de que lo hagan, creo que tengo un plan.

—¿Otra de tus buenas ideas? ¿En serio crees que alguien quiere escuchar

esa mierda a estas alturas? —protestó Zaa'van casi de inmediato.

—Espera, yo si tengo interés por escuchar como el manco piensa sacarnos de esta —dijo la mujer con el cigarrillo, haciendo referencia a las prótesis de metal que tenía Juno en sustitución a sus brazos perdidos.

—Gracias por tu siempre incondicional apoyo Elaine —respondió Juno con una forzada sonrisa y aguantándose las ganas de devolver el insulto. Se aclaró la garganta y continuó—: Escuchen, la única forma de que los legionarios nos hayan seguido hasta aquí, fue siguiendo el pulso energético que despedía nuestra nave tras cada "salto". Y aunque por lo general, esto es imposible tomando en cuenta la inmensa cantidad de naves que se transportan por el espacio al mismo tiempo; no puedo imaginar otra manera. Entonces, si ellos creen que nos encontramos en este planeta por el rastro que dejamos detrás, lo único que debemos hacer es engañarlos para que crean que siguieron el rastro equivocado. Si piensan que nunca estuvimos aquí, probablemente se marchen de inmediato. Ni siquiera ellos matarían inocentes sin ninguna prueba o razón.

"O eso creo —pensó. Pero no se atrevió a decirlo en voz alta."

Tras terminar de hablar, un pesado silencio se adueñó de la habitación. Todos parecieron sopesar su plan detenidamente.

—Si me lo preguntan a mí, creo que es una gran estrategia —dijo en tono amable la mujer en el traje ceremonial, a la vez que ajustaba sus anteojos circulares.

—Claro que es un excelente plan, Darissa. Si logramos, de alguna forma desconocida, hackear las computadoras del navío y hacer creer a sus miles de tripulantes que su avanzadísima tecnología falló, claro que sería un excelente plan —dijo Zaa'van en su habitual tono sarcástico.

Galia, quien seguía a su lado, golpeó su hombro a modo de reproche; lo cual ocasionó que Zaa'van hiciera una mueca de dolor y sujetará su brazo en un vano intento por disipar el malestar.

—Flacucho, si no piensas ayudar mejor no hables —gruñó Galia amenazándolo con propinarle otro puñetazo.

—Esperen... por darle el beneficio de la duda ¿Cómo exactamente planeas hacer eso? —dijo Elaine tras botar su cigarrillo al suelo y aplastarlo con el pie.

—Gran pregunta —respondió Juno señalándola—. No hace falta "hackear" su nave. Únicamente hacerle ver que existen otros rastros idénticos al nuestro, pero en otros lugares. Lejanos de preferencia. Eso los hará de

dudar de nuestra ubicación y de si Xarati es el planeta correcto. Y se perfectamente quien puede ayudarnos con eso.

—¡Claro! La señorita Eve podría hacerlo sin problema. No existe nadie como ella a la hora de engañar maquinas —expresó Darissa golpeando sus palmas como si hubiese descifrado un gran misterio.

—Vaya, es una propuesta encomiable e interesante, sin duda. Aunque difícil de concretar realmente —opinó el joven trajeado con una mano acariciando su mentón.

—Miren, sé que de ahora en adelante será difícil confiar en mí, pero créanme cuando les digo que Eve es capaz de eso y mucho más. La he visto en acción y...

Antes de que Juno lograra terminar su frase, la puerta se abrió de un fuerte golpe.

—¡Juno los legionarios saben perfectamente que estamos aquí! Lo están diciendo ahora mismo en las noticias locales. ¡Mira, mira!

Eve tomó a todos en la habitación por sorpresa cuando entró y lanzó a la mesa una delgada lamina rectangular que, tras adherirse a la superficie, emitió un gran holograma que iluminó toda la estancia de un verde fluorescente. En segundos, la luz tomó la forma de una mujer de hombros hacia arriba. Su frente y sus ojos se hallaban cubiertos por una extravagante mascara que se asemejaba a un sol partido por la mitad, y doce enormes puntas, simulando ser rayos solares, se desprendían por todas las direcciones a raíz de la misma.

—Habitantes de Sabáli, ciudad capital de Xarati. —Comenzó a decir la mujer en un tono frío y monótono—. Yo, bendecida vocera de su majestad la Matriarca y de su sagrada familia, los únicos con la sabiduría para presenciar a los doce grandes; les informamos que se encuentran ante el navío de guerra tres mil ciento cuarenta y nueve. Comandado por el excelentísimo general de brigada, Jefté Alaud, quien se encuentra aquí para expiarlos del pecado que han cometido. Por ello, condenamos al planeta y a sus pobladores por el crimen de alojar a peligrosos enemigos de la Dinastía, que siempre vela por todos nosotros —tras decirlo, su imagen desapareció del holograma para ser remplazada por una foto en primer plano de todos los presentes en la sala—. Específicamente, a aquellos conocidos escuetamente como: Juno, Galia, Eve, Wyatt, Murad, Zaa'van, Elaine, Darissa y Unai. Nueve personas que han insultado profundamente a los Dioses, y que tanto ellos como sus simpatizantes, merecen el peor de los castigos. Es decir, la muerte. Que los doce sepan guiarlos.

Al finalizar, las fotos se convirtieron en mera estática y pese al molesto ruido que esta comenzó a generar, el silencio mortal que se asentó entre todos era casi palpable.

Juno cayó rendido de pronto en el espaldar de su silla, su energía había sido drenada completamente y sentía como iba palideciendo. Pese a todos sus esfuerzos, las náuseas y el dolor de estómago volvieron a él como una patada.

—Como les decía —dijo con la boca seca—. Estamos jodidos.

Capítulo 3

Arco Cer0: Tercera Parte

Tras decirlo, todos escucharon consternados un desagradable chirrido que se esparció rápidamente por el edificio, y probablemente por toda la ciudad. Aunque nunca las había oído, Juno supuso de inmediato que se trataban de las "alarmas de guerra". El molesto sonido que emitían los navíos de guerra de la Dinastía, con el fin de desorientar y confundir a sus enemigos en el campo de batalla. "Y vaya que funcionan como el demonio —alcanzó a pensar Juno entre toda la conmoción."

Todos cerraron sus ojos inconscientemente y taparon sus orejas tratando inútilmente de acallar el ruido, pero resultaba imposible. A Juno inclusive le parecía que en ese estado podía llegar a desmayarse en cuestión de segundos. Su cabeza le daba vueltas y su visión se volvía borrosa. El ruido blanco, que era la mejor forma en la que Juno podía describir el sonido, se volvía cada vez más y más estruendoso a cada momento que pasaba. Si no actuaban rápido, todo acabaría antes de que pudieran dar pelea.

—¡Elaine! ¡Elaine! —Juno intentó llamar a su mecánica de confianza. Pero al ver que su voz se perdía entre todo el alboroto, decidió hacerle rápidas señas con los brazos rezando porque lo entendiera.

Afortunadamente, la mujer de cabello azabache lo comprendió a la perfección e introdujo sus manos en una bolsa que llevaba atada a su cinturón. Extrajo unos pequeños dispositivos circulares platinados y los lanzó apresuradamente al centro de la mesa. Las nueve personas dentro del salón, prácticamente se aventaron a agarrar un par antes de que les explotara la cabeza. Juno, al igual que todos, se colocó los círculos en la parte interna de los oídos con el fin de que protegieran sus tímpanos. Y tras un par de instantes, los dispositivos comenzaron a ensancharse hasta que cubrieron la totalidad de la oreja.

—Aah, paz al fin —dijo Darissa, la mujer del traje ceremonial, tras soltar un suspiro de alivio.

Las "orejeras", como les decía Juno cariñosamente, no solo aislaban todo el sonido del exterior, sino que también cumplían el rol de ser potentes intercomunicadores que permitían establecer una red de diálogo entre todos los que los llevaran puestos. De esa forma, podían hablar entre ellos en situaciones de extremo peligro o catástrofe. Y no había situación más perfecta que esta para utilizarlos, a decir verdad.

—¿Chicos, se encuentran todos bien? —preguntó Juno preocupado, aún

con sus oídos zumbando.

—¡Auchie! Mi cerebro está hecho papilla —protestó Eve lastimeramente. A través del auricular, su voz sonaba baja y algo distorsionada.

Tras restregarse los ojos, Juno confirmó que nadie de su equipo se había desmayado o siquiera vomitado, cosa que no le habría parecido extraña en lo absoluto. De hecho, todos parecían haberse recuperado rápidamente de la conmoción. Y aunque componían muecas de dolor o tenían expresiones abrumadas, todos coincidían en lo mismo, lo juzgaban con la mirada fijamente; algunos expectantes... otros con furia.

Zaa'van se acercó a él a grandes zancadas. Juno infló su pecho y se preparó mentalmente para los insultos y los improperios que, él sabía, los tenía bien merecidos.

—¿Y ahora? ¿Cuál será el siguiente gran plan "jefe"? —las blancas cejas de Zaa'van se contorsionaban en una gran "v", demostrando su enojo—. Desde que atacamos a la capital ha sido error tras error. Cuando Nikolai te nombró su sucesor, yo me opuse sabiendo que aún no estabas listo. Él me ignoró, me despreció, y confió en ti... Y ahora mira a donde nos llevó esa confianza.

Juno quiso responder, decirle que se equivocaba, que él sí estaba listo. Pero se contuvo. Aunque le costaba admitirlo, Juno sabía muy a su pesar que el chico tenía razón. Los últimos acontecimientos lo demostraban. Les había fallado a sus amigos, y a su maestro.

—¿Sabes? Hasta el día de hoy sigo creyendo que nunca debimos sacarte de ese apestoso monasterio en el que te encontramos —intuyendo que el silencio de Juno era un signo de debilidad, Zaa'van siguió presionando—. Él hijo del "perro sarnoso" de la Matriarca jamás podría compartir nuestros ideales, y mucho menos sernos fiel. Esto era lo que querías, ¿verdad? Que falláramos.

Antes de que continuara, Juno lo tomó furioso de la camiseta blanca que llevaba puesto y lo levantó unos pocos centímetros del suelo. Zaa'van calló de inmediato, pero enseguida levantó la huesuda palma de su mano amenazándolo con usar su *ruptura*, el poder que yacía en su interior.

—Insúltame si quieres, pero no te atrevas a mencionar el lugar donde nací, y mucho menos a mi padre. Soy consciente de mis errores y entiendo tu enojo. Pero hay ciertas cosas que no dejaré pasar —Juno procuró que sus nudillos de metal se hundieran en el pecho de Zaa'van. Era su líder, pero necesitaba dejar en claro que iba enserió. No permitiría que lo insultaran así.

—¡Ja! ¿Te voy a hacer llorar si menciono a tu papi? Ese sucio animal homicida solo merece nuestro odio y nuestro desprecio.

Alcanzando su límite, Juno gruñó furioso y flexionó su brazo hacia atrás preparado para ensartarle un puñetazo.

—¡Basta ustedes dos! —de pronto, el anciano de vestiduras amarillas que se había mantenido callado hasta ahora, desenvainó la espada ondulada que llevaba sujeta al cinto y la colocó entre los dos.

De inmediato, Juno soltó a Zaa'van y ambos observaron con detenimiento el extraño metal azulado que constituía gran parte de la espada. La hoja parecía emitir unos intermitentes rayos neón que revoloteaban amenazadoramente por el aire, y la postura del anciano les decía que no dudaría en cortarlos con ella.

—Tranquilízate Murad —dijo Zaa'van bajando las manos con cuidado de no tocar el filo del arma—. No imaginas cuanto tiempo me he estado aguantando las ganas de bajarle los humos al idiota de Juno. Pero eso terminará ahora, no soportaré seguir bajo sus órdenes ni un segundo más.

Los ojos rasgados y celestes de Zaa'van miraron a Juno con un intenso odio. Como si fuera a embestirlo en cualquier momento de no ser por la filosa espada que se interponía entre ambos. Juno, por su parte, tan solo se irguió y notó avergonzado como el equipo que se supone debería liderar, lo miraban con una mezcla entre preocupación y decepción. Hasta Eve y Galia, las que solían apoyarlo en estas situaciones, lo juzgaron con un notorio silencio y unos rostros afligidos. Como si se debatieran cual sería la acción más adecuada a tomar.

—No me interesan sus peleas de niños —respondió Murad visiblemente enfadado a la declaración de Zaa'van—. Lo único que les debería importar ahora es que mucha gente inocente morirá si nos quedamos aquí escuchando su estúpida discusión. —Al ver que Zaa'van iba a abrir la boca para replicar, Murad lo calló acercando el filo a su cuello—. Chico, puede que Juno se haya equivocado, es cierto. Pero sabes bien que este no es el momento para desahogar tus frustraciones. Y Juno, Nikolai te confió el liderazgo de todos nosotros; ya es hora de que honres su fe y actúes como el líder que él vio en ti.

Acto seguido, guardó la espada en la funda que colgaba de su cintura. Esta perdió su brillo azul casi de inmediato y dejó una estela resplandeciente tras de sí.

—¿Quedó claro? —dijo finalmente el anciano mientras componía una mueca de disgusto. Dejando en evidencia lo irritante que le parecía todo

aquello.

—Tienes toda la razón Murad... —tras un largo silencio que Juno uso para tranquilizarse, ignoró completamente a Zaa'van quien seguía en una pose desafiante y se dirigió a una de las alacenas que decoraban la estancia—. Les seré honestos chicos, lo lamento, creí que tendríamos más tiempo. Si los legionarios hubieran tardado un poco más, estoy seguro de que podríamos haber llevado a cabo mi plan. Aunque ahora que eso ya no importa, bueno... no sé ustedes, pero yo me ceñiré al plan B. No dejaré que esa gente muera por mi culpa.

Juno partió el candado que protegía el interior de la despensa con la mano, y procedió a abrirla levantando una extensa capa de polvo.

—¿Y cuál es exactamente el "plan B"? —dijo Elaine apunto de encender otro cigarrillo; a manera de relajarse, probablemente.

Despejando el aire con la mano, Juno extrajo cuidadosamente una pesada arma que se hallaba colgando dentro de la despensa. Limpió las motas de polvo que había dentro de los cañones con los dedos, y tras activar un interruptor cercano a la culata, el arma rugió como si cobrara vida. Una potente luz naranja recorrió el largo de la misma, haciendo que el color blanco de su pintura se notara por primera vez de entre toda la suciedad que la carcomía. Juno la levantó con las dos manos, y al revisar que servía correctamente, jaló la recámara del arma haciendo que un satisfactorio ruido se extendiera por toda la habitación.

—Pueden seguirme o no. Pueden tomar la decisión que consideren correcta, pero al menos por mi parte, saldré allá afuera y trataré de arreglar esto... a la fuerza.

Sin decir más palabras, Juno salió de la habitación con pasos firmes, dejando a todos anonadados y confundidos sobre lo que acababa de pasar.

—Genial, ósea que no hay plan —dijo Zaa'van con un suspiro rabioso.

—Definitivamente no es lo que tenía en mente, pero ya es algo —opinó Elaine a la vez que desataba un par de pistolas que tenía atadas a los costados de su cintura.

—Espera, ¿ienserio lo vas a seguir!?! —protestó Zaa'van.

—Créeme, estoy igual de enfadada que tú, ¿pero tienes una idea mejor?
—le cuestionó la mujer antes de retirarse de la sala tras Juno.

—¡Si! Ahora si hablamos mi idioma —gritó Galia aplaudiendo sonoramente. Al pasar a lado de Zaa'van, le espetó—: ¿Por qué tan pálido

flacucho? ¿No me digas que tienes miedo? Me avisas cuando se te ocurra algo mejor; tal vez ahí si te convirtamos en nuestro líder.

—Cierra la boca, maldita gorila —respondió Zaa'van al instante, pero Galia ya había desaparecido por la puerta.

—Esperen... ¿solo vamos a ir a pelear? ¿Contra miles y miles de legionarios?, n-no me parece lo más conveniente —dijo Darissa tímidamente.

—No lo es en lo absoluto —opinó Wyatt mientras ajustaba su corbata y sus guantes. Pero acto seguido, el también salió de la habitación.

—No, no lo es —gruñó Murad, y aunque parecía reticente, terminó por seguir a los demás.

—¡Pues yo creo que el jefecín no podría haber propuesto algo mejor! ¡Vamos Darissa! Es hora de patear un par de traseros sectarios —Eve agarró la mano de una dudosa Darissa y la llevó fuera del cuarto.

Zaa'van se quedó inmóvil unos cuantos segundos. No podía creer que todos siguieran ciegamente las ordenes de tan imbécil sujeto. Y aunque estaba inmerso en sus pensamientos, un grito desgarrador lo suficientemente fuerte para anteponerse al ruido blanco, lo sacó de su pesimista reflexión.

Él lo sabía, eran los pobladores. Seguramente los legionarios ya habían comenzado a asesinar a todos aquellos que se interpusiesen en su camino. Mujeres o niños, no les importaba en lo absoluto. Y aunque todo fuera culpa de Juno, los Xarati'es no merecían morir por sus decisiones tan erradas.

—Carajo —dijo Zaa'van finalmente—. A estas alturas no me queda de otra... ¡Unai, vámonos!

El extraño hombre encorvado al que se dirigían como "Unai", aún se encontraba acucillado en la misma silla desde que la reunión había comenzado. No emitió ni un solo sonido durante todo aquel tiempo, y la máscara blanca que llevaba tampoco dejaba ver sus gestos o expresiones. Para la mayoría era un completo misterio, pero para Zaa'van, era su recurso máspreciado.

Al notar que lo llamaban, Unai saltó de la silla y su larga melena roja se mecía tras él. Sus cabellos rojos le llegaban hasta la espalda y junto a su pésima postura, componían un aspecto descuidado. Eso, y que la piel de su especie era de un color grisáceo oscuro, hacía que pareciera constantemente desalineado, como si la higiene fuera la última de sus

prioridades. Se acercó a Zaa'van y con una voz rasposa le dijo:

—¿Llegó el momento de matar?

—Esa parece ser nuestra única salida —dijo Zaa'van tras un cansado suspiro.

Miró a través de la única ventana que ofrecía la sala, y al notar que los edificios cercanos empezaban a llenarse de llamas y humo, maldijo a Juno una última vez. Los había llevado a la boca del lobo, y las probabilidades de salir vivos eran igual de inferiores que el cerebro de aquel zopenco.

—Estamos perdido, y tengo un muy mal presentimiento de todo esto. Y aunque a esos imbéciles les cueste admitirlo, yo rara vez me equivoco...

Capítulo 4

Arco Cero: Cuarta Parte

Los pensamientos de Juno se agolpaban dentro de su cabeza. "¿Habré hecho lo correcto?". "Si ninguno me sigue, será mi fin... aunque es lo más lógico". "A la final, soy un pésimo líder. Lo Xarati'es están perdidos".

Estaba asustado, no podía negarlo. Y la mala costumbre que tenía de sobrepensar negativamente las cosas, solo lo hundían más en la desolación que sentía. Era como si el mundo se le viniera encima. Nikolai, e inclusive su padre, le hubieran dicho que se calmase y tratara de buscar la oportunidad en medio de la crisis. Eso era lo que diferenciaba al astuto del necio. Pero estaba seguro de que hasta ellos hubieran dado la situación por perdida. ¿Pelear solos contra un navío de la Dinastía? Quizás fuera la locura más grande que se le hubiera ocurrido, incluso más que atacar la capital y a los huestes de la Matriarca.

Aun así, algo dentro de él lo incitaba a seguir adelante. Fuera por egocentrismo y para demostrar que él no se equivocaba, o por puro y simple altruismo, no lo sabía. Pero también sabía que por nada del mundo dejaría que inocentes muriesen por su culpa. No de nuevo.

Apurando el paso, Juno continuó atravesando un oscuro pasillo que lo llevaría directo a la salida más cercana del edificio. La madera del piso crujía con cada pisada que daba, como si la tensión que sentía se estuviese transmitiendo en cada acción de su cuerpo. Aunque, al notar que las paredes y el techo también empezaban a temblar y a resquebrajarse, comprendió horrorizado que la razón por la que el edificio se estaba moviendo como gelatina no era por él, ni mucho menos por el estado desgastado del lugar. Sino porque los legionarios ya habían comenzado su incursión.

Si su estrategia era la misma de siempre, primero activarían las alarmas de guerra, para después inundar la ciudad de un molesto gas lacrimógeno. De esta forma se asegurarían de que tanto la visión como el oído de sus enemigos quedasen inutilizados. Al poco tiempo, bombardearían los lugares más vitales para el planeta: hospitales, centros de gobierno o bases militares. El punto era que el contrincante se rindiese lo más rápido posible.

A juzgar por los constantes temblores y el humo, ya habían llegado a esa fase. La siguiente sería...

—¡Alto ahí, maldito hereje!

De pronto, y como si sus pensamientos estuvieran siendo escuchados, el tejado delante de él se vino abajo en una nube de escombros y astillas. Juno tapó rápidamente su rostro con la mano, y se aseguró de no respirar el aire contaminado con el irritante gas y las virutas de madera que volaron a raíz del impacto.

"¡Mierda! ¿Cómo es que nos encontraron tan rápido? —pensó Juno agitado—. Esto no tiene ningún sentido, estamos en un sitio cualquiera de Sabáli ¿cuál es el punto de buscar aquí primero?"

La última fase de la incursión consistía en que cientos de legionarios atacaban personalmente a sus debilitados y desorientados enemigos en tierra. Los primeros minutos de la invasión empezaban por los lugares más concurridos, para luego pasar a las zonas más deshabitadas. "¡El edificio está abandonado maldita sea!"

A pesar de sus dudas, trató de contener el aire y volvió a agarrar su arma con las dos manos. La puso a recargar tras jalar el gatilló, y la energía naranja dentro de ella iluminó un poco el lugar. Gracias a eso, y a que el humo se disipó tras un par de segundos, pudo vislumbrar a sus enemigos. Un enorme coloso de metal se hallaba frente a él, vestía una oscura armadura que lo cubría de pies a cabeza y que brillaba internamente con fulgor rojizo, el color de los Dioses. No llevaba ningún arma cerca, pero los nudillos de sus guantes traían unas gigantescas puntas de acero que sobresalían amenazadoramente. Como si declarara que sus puños eran suficientes para acabar con cualquiera.

A su lado, su compañero mucho más menudo, se encontraba apuntando a Juno con una larga lanza y con sus pies formando una posición de ataque. Su armadura era en extremo similar a la del coloso, a diferencia de que este llevaba una negra capa que le llegaba hasta la cintura, y partes de su verdosa piel eran visibles a través de sus vestimentas. Su mandíbula, de hecho, sobresalía de su casco; mostrando unos dientes amarillos y descuidados.

Ambos llevaban el principal símbolo de su religión a modo de visor en su yelmo. Una finísima "Y" con doce puntos rodeándola; un punto por cada Dios al que adoraban. El emblema del *Shiara*, la religión que la Matriarca buscaba inculcar en toda la galaxia.

Al igual que el resto de su traje, el símbolo emitía una ominosa luz roja por todo el pasillo. Juno siempre se preguntó como demonios veían a través de ella, pero no parecía ser un impedimento en lo absoluto para los legionarios. Cada uno de ellos peleaba como un monstruo, y por lo general estaban entrenados en diversas artes marciales, sin mencionar que sabían manejar a la perfección numerosas armas. Eran la punta de

lanza de toda la Dinastía y su principal fuerza.

A pesar de haber caído desde el cielo, y roto el techo de varios pisos por encima de ellos, los dos legionarios no parecían dañados en lo absoluto. O eran extremadamente fuertes, o su pesada armadura lo era. Sea como sea, Juno estaba a punto de comprobarlo.

—¡Muy bien caballeros, este es el momento para que se rindan antes de la paliza de su vida! —gritó Juno para que pudieran escucharlo. Por dentro se moría de los nervios, pero trató de que su voz y actitud no lo reflejaran.

—¿Cabello verde, brazos de metal? Eres Juno ¿verdad? —dijo el más pequeño de los legionarios, haciendo caso omiso a la provocación de Juno—. El peor de los pecadores. En nombre de la Matriarca y los Doce, terminaremos con tu asquerosa vida.

—Ya quiero ver como lo intentan —se burló Juno.

Se tomó unos instantes para respirar, tenía que terminar rápido con esto si quería salvar de alguna forma la situación de afuera. Apuntó con su arma semejante a una escopeta al legionario de apariencia robusta, y jaló el gatillo a fondo. Una bola de plasma naranja salió disparada por uno de los cañones del arma e impactó directo en su pecho. El gigantón gimió de dolor y se agazapó un poco; unas cuantas yescas negras de su armadura salieron volando, pero en tan solo unos instantes, volvió a erguirse como si nada hubiera pasado.

Tras ello, produjo un furioso grito y se abalanzó con todo sobre Juno. Este lo esquivó moviéndose unos pocos pasos hacia la izquierda, justo a tiempo para observar como el otro legionario corría hacia él con la lanza en las manos. Juno se encogió lo más rápido que pudo, y estiró la pierna para golpear su rodilla y hacerlo caer al suelo.

Al darse cuenta de que su escopeta ya no le serviría de nada en el combate cuerpo a cuerpo, la tiró al piso y se preparó para soltar un fuerte puñetazo al gigante que estaba dando media vuelta para encontrarlo. Antes de que este hiciera otro movimiento, Juno golpeó, con todas sus fuerzas, el mismo lugar en el que el plasma había chocado anteriormente. De nuevo, la gruesa armadura pareció doblarse un poco ante la potencia del golpe, pero no fue suficiente. Para desgracia de Juno, la postura que tomó lo volvió incapaz de evitar el siguiente movimiento del gigante, quien lo envió volando a la pared de una palmada en la cabeza.

Por un tortuoso segundo, su consciencia pareció irse, pero al ver que el puño con púas se acercaba velozmente a su cara, se obligó a sí mismo a rodar hacia un lado. La mano del gigante destruyó fácilmente el suelo y quedó incrustada unos cuantos segundos en él. Tiempo suficiente para

que Juno lograra levantarse y contuviera, con sus dos manos, la lanza del segundo legionario quien ya se había recuperado de la caída. Este soltó un gruñido de sorpresa al ver su arma incapacitada, y se sorprendió aún más cuando Juno jaló de ella y lo acercó a él. Antes de que pudiera reaccionar, Juno le dio un codazo tan fuerte que partió el casco del sujeto, y de inmediato cayó al suelo inconsciente.

—Uf, eso fue más fácil de lo que creí. Ni siquiera tuve que usar mi poder —dijo Juno entre gemidos de cansancio.

En la batalla, Juno se sentía en su elemento. Para eso lo habían entrenado. Todas sus preocupaciones y estrés desaparecían por un momento, y podía concentrarse en la lucha con todo su ser. Al menos estaba seguro de que en esto sí que era bueno.

—Hermano, aún estás a tiempo de tirar la toalla —Juno no esperaba obtener nada por burlarse del gigante, pero aun así le complacía hacerlo.

Como de costumbre, el legionario respondió con un bramido colérico y extrajo su mano del suelo con la fuerza suficiente para que todo el piso temblara. Acto seguido, intentó alcanzar a Juno con enérgicos golpes, pero ahora que era tan solo uno, a Juno se le hizo sencillo esquivarlo con gráciles pasos. En el momento en que Juno vio una apertura, y antes de que lo acorralaran contra el final del pasillo, logró deslizarse por debajo de él, a la vez que le propinó un sonoro golpe con su antebrazo en el punto débil de la armadura.

Por fortuna, Juno cumplió con su objetivo. El constante daño en el mismo lugar del traje provocó que la gruesa armadura cediera aunque sea un poco. Ahora Juno lograba ver, por primera vez, parte de la piel amarilla del alienígena que tenía enfrente. "Será suficiente —pensó Juno satisfactoriamente."

Aprovechando que su movimiento lo colocó de cara al hueco que los legionarios habían hecho, Juno volvió a tomar la escopeta que había lanzado cerca; y en una fracción de segundo, disparó sin miramientos. En esta ocasión, la bola de plasma derritió el peto de la armadura desgastada y atravesó la carne del legionario. Este se detuvo en seco y observó, con cierta incredulidad, como su sangre rojiza empezaba a manchar el suelo y los fragmentos de su traje. Antes de que pudiera responder, hincó una rodilla en el suelo y tosió gravemente. Al hacerlo, unas gotas de sangre se escurrieron también por las fisuras de su casco. Había perdido la batalla.

—Pudiste haberte rendido.

Sin esperar ni un solo segundo más, Juno colocó el cañón de la escopeta enfrente de su rostro y le voló la cabeza. A esa distancia, el disparo calcinó fácilmente el yelmo del gigante, y su cabeza se convirtió en una

repugnante mezcla de sesos, sangre y metal. Su cuerpo cayó hacia atrás, inerte, y el peso muerto hizo que un sonido hueco se esparciera por todo el lugar.

—Carajo... Si me tomó unos minutos acabar con dos, no me quiero imaginar con cientos de ellos —dijo Juno, tomándose unos instantes para recuperarse del esfuerzo.

Se planteó sentarse a pensar en sus posibilidades, pero al recordar el navío de afuera y el inminente peligro, se obligó a continuar. Ahora que el pasillo se encontraba bloqueado por los escombros, debía dar media vuelta e ir por la vía larga sí o sí. Empujó el cuerpo del legionario gigantón con el pie para poder pasar, y al notar que el legionario de la lanza gemía, amenazando con despertarse, le apuntó y le disparó en la nuca sin compasión.

"Ellos abrían hecho lo mismo conmigo —se recordó para no sentir culpa."

Al retroceder sobre sus pasos, fue capaz de escuchar varias voces acercándose. Intuyendo que se trataba de más legionarios, se preparó para pelear. Sin embargo, una gran felicidad y euforia lo embargó cuando alcanzó a observar un par de siluetas conocidas asomarse entre la pesada humareda.

—¡Chicos, si vinieron! —gritó Juno al ver a su equipo recorriendo el destruido corredor.

—Si... veo que tu no perdiste el tiempo —dijo Elaine al notar los cuerpos de los legionarios tendidos en el suelo.

—Me alegro mucho de que estén aquí, por un momento pensé que me habían abandonado. Hasta me dan ganas de abrazarlos —gimoteó Juno encantado. Aunque recuperó la compostura al ver que ni Zaa'van ni Unai estaban presentes—. Supongo esos dos nos abandonaron, ¿eh?

—Imposible, solo dales espacio. Aunque Zaa'van te odie, odia más a la Dinastía. Luchará con nosotros si eso implica acabar con un par de esos —respondió Murad, señalando los cadáveres de los legionarios con el mentón.

—Tampoco es como si el flacucho y su mascota nos sirvan de algo, toda la fuerza que necesitan está justo aquí —mencionó Galia con una sonrisa, a la vez que flexionaba sus brazos para enseñar sus imponentes músculos—. Y bueno jefe, ahora enserio, ¿cuál es el plan?

—Chicos... no bromeaba cuando dije que solo planeé salir ahí y matar a tantos como pueda —Juno alzó su escopeta para demostrar su compromiso, pero únicamente se sintió avergonzado cuando notó duda e

incomodidad en la mirada de todos.

—Jefecín, no te preocupes —dijo Eve suspirando—. Al menos yo te he seguido hasta ahora porque creo en ti. La verdad, me muero de los nervios, pero nos hemos salvado de peores y esto no es nada en comparación a lo que hiciste por nosotros en la capital, ¿verdad muchachos?

Todos se miraron unos a otros, sus rostros parecían decir "meh, más o menos", pero finalmente terminaron por responder afirmativamente con la cabeza. Aunque Juno sospechó que lo hacían únicamente porque no tenían de otra. O luchaban todos juntos, o los mataban separados.

—Muy bien... vayan a buscar sus armas y sus mascararas entonces —Juno sintió que una corriente de rabia lo invadía al volver a escuchar explosiones afuera del edificio—. Si quieren guerra, eso les daremos.